



O Cortes o Corte

Hemos estado oyendo a un político venido de la Corte y de las Cortes. Cuenta y no acaba. Pero lo que no acaba de contar son chismes, anécdotas, rumores, pequeñeces; todo pequeñez, todo mengua, todo frivolidad. Y su comentario se reduce a esto: «Todos andan desorientados.» «Todos bailando el rigodón sobre una tierra bajo la cual está tronando» — le replicamos.

«Todos tienen miedo a gobernar — nos decía, — y más que nadie los que ocupan el Gobierno; todos se encogen de ánimo ante la responsabilidad del mando.» Lo que es natural, ya que los gobernantes no son más que una tapadera. A favor de la cual se imponen los osados y los inconscientes.

Nos hablaba de lo que dijo don Melquiades Alvarez de los ministros monigotes y de cómo se abusa del miedo que los liberales tienen a encargarse del Gobierno. Pero no es que los liberales tengan miedo a encargarse del Gobierno; a lo que tienen miedo es a que se les «mande», se les «imponga» encargarse del Gobierno para gobernar en no liberal. Porque saben que en liberal no se les dejará gobernar; porque saben que el actual régimen del Reino de España es incompatible con el liberalismo; porque saben que si se les llama será para desacreditar el liberalismo. Y es que los llamados liberales no lo son; no son liberales.

Las Cortes están a encubrir a la Corte, y el liberalismo, régimen de libre examen, de discusión, de publicidad, es todo lo contrario del régimen cortesano, que lo es de clandestinidad, de ficción y hasta de embuste.

La Monarquía integralmente democrática de que habla el Conde de Romanones en su libro «El ejército y la política», la República coronada de que habló alguna vez don Santiago Alba, son imposibles hoy en España, históricamente imposibles. La tradición dinástica se opone a ello. Si hubiera fuerza se podría llegar hasta a un imperialismo socialista, pero a un régimen de libertad civil no.

Pero lo que hay que oírle a nuestro amigo el político venido de las Cortes y de la Corte es lo que cuenta de lo que

los políticos del turno, los ex ministros y aspirantes a ministros dicen de las más altas instituciones y de las personas que los encarnan. ¡Qué florilegio!

A don Antonio Maura, el parlamentario, el de luz y taquígrafos, le están trabajando para convencerle de la utilidad de ensayar, siquiera por un año, una dictadura civil, con las Cortes cerradas y gobernando por decreto. O mejor administrando. «Administración! ¡Administración! — le dicen, — y a desmontar la máquina electoral de ahora». Y ello debe salir de la tertulia de su hijo Gabriel, el historiador de las dos Regencias, la de la madre de Carlos II el Hechizado y la de la madre de nuestro actual soberano. Y parece que don Antonio le consultó a su antiguo escudero y hoy presidente del Congreso, el señor Sánchez Guerra, sobre esa dictadura civil, de un año, y el caudillo de los «idóneos» parece que le respondió: «Bueno; pero la cosa es si al país le diese por ensayar un año sin rey.»

Esa dictadura civil temporal, que podríamos llamar metódica o propedéutica, más bien escocsa de técnicos. Y el intento no debe verse con malos ojos en las alturas del poder, en vista de lo cual que ha resultado la torta que se amasó en Llodio, allá, cuando se le hizo bailar al señor Dato, Y ¡qué trágico desenlace tuvo aquel baile!

Se confía acaso con ganar en ese año de dictadura civil a los elementos de izquierda no liberales. Lo que equivale a corromper a los mendigos. La fórmula es la tan conocida de «para el pueblo, pero no por el pueblo». Un régimen napoleónico. O más bien kaisereo.

Lo que se ve claro ya es que se acentúa la disparidad entre la Corte y las Cortes. O Cortes, esto es, régimen de discusión — y no por técnicos — de publicidad, o Corte, régimen de oficina y de clandestinidad. Y de irresponsabilidad. Porque el oficinista, el técnico, resulta irresponsable. Que irresponsable es el que no tiene que responder más que al soberano irresponsable. La relación entre el jefe del Estado y sus ministros de todos los grados se reduce a una relación de derecho privado. Y así los que deberían ser servidores de la nación no lo son ni del reino, sino del rey.

Si la cosa no fuese tan grave, si no dependiese de ella el porvenir de la civilización española, sería de desear que pudiesen ensayar, siquiera por un año, esa dictadura civil concebida en la tertulia del historiador de las dos Regencias. ¡Qué desencanto para los que la han concebido! Porque no serían ellos

los que en esa dictadura dictasen, de seguro.

Los conservadores españoles han perdido la cabeza. Porque si la tuviesen, serían los primeros, por instinto de conservación, en ver donde está la raíz del desorden.

Miguel de UNAMUNO.

